El hacedor de cestas

Adelelmo.

José U. Elche Corada
Dibujos de Julio Carballo

Yo no creo en el Más Allá, ni en las historias de fantasmas, pero cada vez que paseo por el parque de San Julián me acuerdo de un viejo hacedor de cestas, me entran escalofríos y tiemblo.

Cuando este parque no me daba miedo, me encantaba recorrer sus pequeños paseos y glorietas. Raro era el día que no lo visitaba dos o tres veces, o incluso más. En realidad, no exagero si digo que tengo mi memoria llena de miles de castañas pilongas y de bellísimas alfombras de hojas otoñales. Creo que a mi bisabuelo ya le pasaba lo mismo, por lo que intuyo que mi querencia por este parque es ceremonia antigua que me fue dada con los genes. El parque de San Julián está junto a un río, el Huécar, y al otro lado de éste la ciudad de Cuenca se eleva (o se descuelga, que esto nunca se ha sabido) como una piña gigantesca. Algunos piensan que Cuenca no existe y por tanto, en buena lógica, piensan también que el parque del que les hablo es tan solo fruto de mi imaginación. Pero esto no es cierto: el parque existe (de lo de Cuenca ya no estoy tan seguro) y está lleno de vida y de álamos, tilos, plátanos, castaños, moreras, algún abeto y carreras de niños entre los setos de evónibus.

Árboles en el parque.

Árboles en el parque.

Relatos. El hacedor de cestas.

Ocurre que hasta para los que lo frecuentan, este parque es casi un perfecto desconocido, de tan cotidiano; como un vecino al que siempre saludamos sin conocer siquiera su nombre. Pocos saben que antes de tener su actual nombre, el parque de San Julián se llamó parque del Retiro y, aún antes, parque de Canalejas. Son muy pocos los que han oído hablar de Desiderio «patatas fritas» el regidor de la biblioteca «Fray Luis de León», la primera biblioteca pública de Cuenca que fue instalada en los bajos del quiosco de la música, un templete situado en el centro del parque y que está coronado por un gran cáliz y una estrella translúcida, símbolos de la ciudad de Cuenca. Casi nadie se acuerda de las tardes verbeneras del parque, con sus churrerías y puestos de dulces entre los que te podías encontrar con adivinadores, sacamuelas, barquilleros y fotógrafos al minuto. Sólo los visitantes más ancianos del parque recuerdan a los «leros», los niños «sanjulianeros» acogidos por la Casa de Misericordia, en sus paseos tristes y monótonos porque sus vigilantes no les permitían jugar. Sé de todas estas cosas porque se las he escuchado a mis mayores, pero también guardo recuerdos propios de mis mañanas niñas, o de los primeros besos y caricias furtivas o de cuando –a su debido tiempo– grabé mi corazón adolescente en la corteza de uno de sus árboles centenarios.

Adelelmo y el parque de San Julián.

Templete en el parque de San Julián.

Este es el escenario donde conocí al protagonista de esta historia. Su nombre era Adelelmo y se decía hacedor de cestas (no sé ustedes, pero yo nunca había oído antes este nombre, aunque el asunto de las cestas me resultaba –como buen conquense– más que familiar). Fue durante una de las Ferias del Libro que se celebraban en el parque. Era de noche y los libreros ya habían cerrado sus casetas tras cumplir con su trabajo. Al principio, Adelelmo fue sólo para mí un bulto informe tendido en uno de los bancos del parque, tapado por unos pocos periódicos y un trozo de plástico. Al poco de ir acercándome al banco me di cuenta de que el bulto era una persona; no en vano yo ya había visto en mis paseos nocturnos a otros Adelelmos, aunque quizás con otros rostros. Al llegar a su altura, Adelelmo se incorporó lentamente dejando caer una botella vacía de vino y se echó un cigarrillo a la boca.

—Por favor –dijo–, ¿me das fuego? Mientras lo hacía, añadió sin venir a cuento, en un tono ampuloso y teatral, como si recitara las palabras de un místico: «Pues de Dios es el dominio de los cielos y de la tierra, a Dios conduce el viaje».

—¡Vaya, un loco! –pensé–. Y me senté inmediatamente a su lado.

A la luz del mechero sus facciones se me habían antojado fantasmagóricas. Adelelmo tenía una larga, rizada y cana cabellera y la barba muy poblada. Lo hubiera descrito como un grave patriarca de los cuadros clásicos de no ser por su harapienta vestimenta y, sobre todo, porque en el abismo de sus pupilas brillaba la negra luz de la demencia. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fueron las arrugas de su rostro; tenía pocas, pero cada una de ellas parecía tener mil años.

Adelelmo, hacedor de cestas.

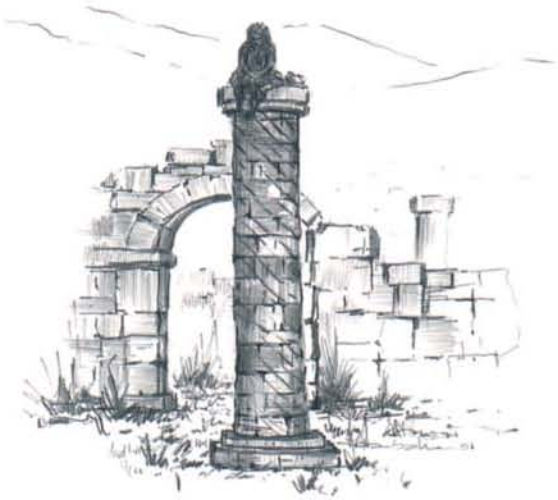
Adelelmo borracho.

En aquel primer encuentro, Adelelmo me embaucó en las increíbles circunstancias de su azarosa vida; y relatárselas a ustedes, como buenamente pueda, es el motivo que me trae aquí. Antes de empezar, he de reconocer desde ya que Adelelmo era un buen mentiroso: parecía creerse sus propias invenciones y los excesos de su imaginación desbordada. Mientras me contaba sus disparatadas aventuras, yo imaginaba cuántas chanzas de taberna habría soportado para ganarse algún que otro merecido trago con la presunta historia de sus rocambolescas andanzas. Por supuesto, aunque admito que me fascinó con su elocuencia apasionada, no di ningún crédito a sus palabras. Ni creo que ustedes debieran hacerlo.

Adelelmo me contó que había nacido en Alejandría, hacía la friolera de dieciocho siglos «poco más o menos» (por utilizar su misma apostilla). Hijo de una prostituta, había conseguido empero estudiar teología y hacerse con un lugar destacado en cierta comunidad gnóstica, donde ocupó la mayor parte de sus horas aplicado en la contemplación y en la oración permanente. Mas, antes de que llegara lo que debía haber sido el final natural de sus días, cometió un horrendo (e inconfesable) pecado por el que había sido condenado a errar por el mundo durante tiempos sin medida («a lo judío errante», añadí yo para mis adentros). Los primeros siglos de su inaudito castigo los dedicó a vagar por los desiertos de Egipto, alimentándose como un animal salvaje de yerbas y raíces. «No es que precisara comer –me explicaba intentando convencerme de sus desvaríos–, ya que no podía morir, pero sí necesitaba calmar de cuando en cuando la espantosa sensación que produce el hambre». De esta guisa, Adelelmo terminó recalando en la secta de los estilitas, con los que pasó decenas de años, viviendo y rezando en lo alto de una columna a más de diez metros de altura.

Relatos. El hacedor de cestas.

Como quiera que ninguna mortificación, por severa que fuese, conseguía reconciliarle consigo mismo, Adelelmo llegó a desesperarse y a pensar únicamente en diversas formas de quitarse la vida. Para ello, no se le ocurrió otra cosa que viajar a los confines de la India, a la tierra de los adoradores del fuego, para estudiar allí las múltiples técnicas de autoinmolación que aquellos idólatras practicaban. En una ocasión, al son de multitud de tambores y de flautas, Adelelmo apretó con sus manos y en su propia garganta una gran tijera fabricada con dos largos hierros cortantes en forma de sables curvos. Previamente, había atado sus cabellos a una pértiga de caña de más de cuarenta codos, tensada e inclinada hasta su cabeza para el efecto. Cuando su cuello quedó cercenado, la pértiga se alzó en un abrir y cerrar de ojos, llevándose su cabeza colgada en la parte superior. Adelelmo pareció sonreír cuando dijo recordar cómo los fanáticos que lo acompañaban salieron huyendo despavoridos, al ver que su cuerpo decapitado marchaba por sí solo hacia la caña, volvía a inclinarla, recogía su cabeza y la colocaba en su debido sitio.



Adelelmo estilita.

Adelelmo decapitado.

No todo habían sido pesares en las estrafalarias peripecias de Adelelmo. Tras comprobar que era imposible escapar de su maldición, Adelelmo decidió refugiarse de nuevo en la vida ascética y se vino hasta las tierras de Cuenca, para vivir como ermitaño en una recóndita cueva de uno de los cerros que rodean esta ciudad. Aquí conoció a alguien a quien llego a amar como si hubiese sido el padre que nunca tuvo. Ese alguien era un hombre santo que se convirtió en el maestro de Adelelmo y le enseñó a hacer cestillos de mimbre con sus propias manos. La aparentemente inocente ocupación escondía una oración secreta con la que se pretendía abandonar cualquier pensamiento mundanal, con el fin de intentar encontrar a Dios en el limpio interior de uno mismo. Se trataba, siempre según Adelelmo, de una sofisticada variante del «ora et labora» de los Padres de la Iglesia. Adelelmo aprehendió con devoción las enseñanzas de su maestro, fue dichoso a su lado y consiguió una gran destreza en la singular y mística oración del mimbre –así la llamaba su maestro–, aunque nunca alcanzó su objetivo último: hallar la Misericordia.

El parque y yo escuchábamos el relato de Adelelmo entre embelesados y estupefactos. Lo curioso del caso es que hace muchos siglos, en tiempos del Rey Alfonso VIII, pararon en Cuenca dos famosos constructores de cestas, por eso la historia de Adelelmo me era familiar en este punto. Uno de ellos se llamaba Julián Tauro y llegaría a convertirse en Patrón de la ciudad de Cuenca. Además de dar nombre al parque de mis desvelos, la figura de Julián tuvo una importancia de primerísimo orden por más que esto fuera ignorado ya hasta por los propios conquenses. Baste con decir que dentro de la jerarquía

de culto del santoral español, sólo el apóstol Santiago lo superó y ningún otro santo lo igualó. El otro hacedor de cestas, con el que Adelelmo parecía identificarse de alguna manera, era el fiel discípulo y servidor de San Julián y su nombre era Lesmes. Según tradición antigua, Julián y Lesmes acudían con frecuencia a un paraje denominado la «fuente del Tranquillo», para remojar los mimbres con los que fabricaban sus cestos en una pequeña cueva aledaña. Para mí era evidente que Adelelmo había leído u oído la piadosa leyenda y la había adaptado e incorporado como un episodio más de su imaginaria vida.

El resto de los chascarrillos de Adelelmo no eran menos fantásticos, ni tampoco menos absurdos. Tras la llorada muerte de su maestro, Adelelmo se dirigió a Tebriz, donde pasó un tiempo enseñando la oración del mimbre a los giróvagos sufíes. Viajó luego por muchos países, en realidad hacia ninguna parte, siempre en busca del perdón de un Dios que le había condenado al peor de los infiernos: la inmortalidad. Con los monjes hesicastas del monte Athos estuvo otros dos siglos, «pizca más o menos», instruyéndose esta vez en la plegaria del corazón. Como ellos, Adelelmo era capaz de estar inmóvil días enteros en la posición del loto, con la cabeza agachada, entregado a la recitación incesante del nombre de Dios. Los abandonó, harto de mirarse el ombligo, por una inclusa de un convento benedictino de occidente porque deseaba encerrarse para siempre, como lóbrega penitencia, en una inmunda celda.

Adelelmo quemado en la hoguera de la Inquisición.

Pero su sino era viajar, aunque en sus contactos con el mundo externo no le fue mucho mejor que en sus periodos de vida eremítica: tres veces fue quemado en las hogueras de la Inquisición y dos descuartizado; y otras tantas su piel y su carne se regeneraron y sus miembros dispersos se reinsertaron. Cuanto más vivía, más lejos de Dios se sentía. Hasta olvidó la oración del mimbre, de tanto pensar en ella, aunque al menos la fabricación de cestillos le permitía ganarse la vida (¡a él, que no podía perderla!). Al final de este trajín, había sentido algo parecido a la llamada de su maestro y regresó a tierras conquenses y se afincó en el parque donde yo lo había encontrado. Cuando Adelelmo terminó su inaudita historia, era ya muy tarde. Le dejé mi paquete de tabaco y me fui.

A la noche siguiente volví al parque. Por primera vez su soledad me parecía misteriosa y ajena. Iba rezando (es un decir) por ver de nuevo a Adelelmo. Tuve suerte –o entonces así lo creí– y lo encontré sentado en el mismo banco, garabateando unos versos en una sucia hoja de papel. Le pedí permiso para acompañarle.

—Yo hablo con la Muerte, ¿sabes? –me espetó–. Y siguió con su tarea.

Respeté su afanoso silencio. La noche anterior pensé que Adelelmo debía haber sido seminarista, o algo así, pues sus conocimientos de historia eclesiástica no eran precisamente los que se podían esperar de un pobre vagabundo. Sin embargo, al verle escribir con lentitud de orfebre una poesía, se me ocurrió que bien podría estar ante un viejo poeta maldito venido a menos, si es que esto fuera posible en un poeta maldito. Pero yo seguía dándole vueltas a la enigmática conversación del día anterior y, cuando entendí que había terminado su poema, traté de llevarlo por aquellos derroteros. Directamente, le pregunté cómo se llamaba el maestro que había conocido en Cuenca. Adelelmo no me contestó, sólo me miró (algunas noches aún me despierta el abismo de sus pupilas) y rompió a llorar como un niño. Fue entonces cuando comprendí que las arrugas de su rostro eran tan solo la superficie visible de auténticos desgarros interiores, y que eran como grietas abrelatas, o como lechos de olas amargas, o como surcos o cauces u hoces labradas con implacable paciencia por lágrimas incontables.

Nos sorprendió un sobresalto de campanarios. Eran las campanas de las iglesias cercanas, las del Salvador y San Esteban, que tocaban a no sé qué a tan nocturnas horas. Aquel estruendo fue como un resorte que Adelelmo hubiese estado esperando largamente. Se puso de pie y musitó muy nervioso:

—Lo siento, he de irme. Ha llegado mi hora.

Adelelmo se perdió, como un fantasma, en la noche del parque. En el banco quedó una sucia hoja de papel, y en ella un soneto de notable factura que transcribo íntegro:

Pobre viejo y cansado caminante
que discurres sin rumbo ni destino
compartiendo las dudas del camino.
Nazareno del mimbre siempre errante,
¿dónde va tu lamento desgarrado?,
¿dónde, alma, tu rostro llora y gime
con sus lágrimas más cálidas? Dime:
¿dónde viertes tu grito enamorado?
Larga y cruel es ya Muerte la demora
a este cuerpo tan anciano y lastimero
que en ti busca el consuelo. ¡Oh, Señora,
negra amada, quitad a este viajero
de su andar sin final! Traed la hora
del regreso a mi Dios y compañero.

Muchas noches busqué a Adelelmo por los bancos del parque, pero nunca más volví a verlo, ni a saber de él. Guardé su poesía durante años, y con ella la firme decisión de que si alguna vez escribía un cuento sobre el fiel discípulo de San Julián, Lesmes, éste sería como Adelelmo. Y tendría una larga, rizada y cana cabellera y la barba muy poblada. Y en su rostro habría pocas arrugas, pero cada una de ellas parecería tener mil años.

En esas estaba cuando cayó en mis manos una «Vida de San Julián» escrita por el jesuita Bartolomé Alcázar, uno de los miembros de la primera Academia de la Lengua que por aquel entonces estaba empeñada en perfeccionar y ampliar la obra de un ilustre canónigo de la Iglesia conquense, el «Tesoro de la lengua castellana o española» de Sebastián de Covarrubias. Antes que Bartolomé Alcázar, una veintena de autores había glosado la vida de San Julián. El último de ellos había sido el Padre Poza, confesor del Rey, pero oscuras intrigas cortesanas llevaron todas sus obras al Índice de libros prohibidos, incluida su hagiografía del renombrado santo que de esta manera nunca pudo pasar de manuscrito. Por ello, Bartolomé Alcázar fue el designado para escribir una nueva obra sobre la vida de San Julián que sustituyese a la del Padre Poza, caída en desgracia. A lo que íbamos: en el monumental libro de Bartolomé Alcázar, las pocas noticias que se recogen sobre Lesmes no coinciden en nada –por fortuna– con los delirios de Adelelmo; pero allá por la página doscientos sesenta y dos, Bartolomé Alcázar hace una advertencia que no podía pasarme desapercibida. Resulta que el nombre con el que se conoce en la actualidad al fiel discípulo de San Julián, Lesmes, no es sino una corrupción a través de los tiempos de su originario y verdadero nombre y que éste no era otro que el de... ¡Adelelmo!

¿Comprenden ustedes ahora mis miedos? Yo no creo en el Más Allá, ni en las historias de fantasmas, pero cada vez que paseo por el parque de San Julián me acuerdo de un viejo hacedor de cestas, me entran escalofríos... y tiemblo.

El Cuco Encantado
Admon. Lotería nº 4
José Eugenio Puerta Belinchón
C/Doctor Chirino, 9
Tlf: 969 21 40 40
Fax: 969 22 10 01
www..elcucoencantado.com
loteria@elcucoencantado.com